



Presencia de Maimónides. Córdoba, España 1135 – El Cairo, Egipto 1204

Dr. Fernando Rueda Franco*

“El conocimiento de los nombres de las enfermedades y de los medicamentos no es suficiente en esta ciencia, que se ocupa de todo el hombre”

Lo anterior pertenece al primer apartado del comentario que Maimónides hizo al libro hipocrático de los Aforismos; el primero de los cuales –*Vita brevis, ars longa, occasio praeceps, experimentum periculosum, iudicium difficile*– ha gozado de enorme fortuna dentro y fuera de la medicina. Desde la antigüedad se ha convertido en un motivo constante de inspiración de pensadores y artistas.

Cuando Séneca redactó su tratado *De brevitate vitae*, estaba pensando en Hipócrates. Cuando San Juan de la Cruz inició la explicación de su celebre Cántico Espiritual, e interpretó el aforismo hipocrático a lo divino, escribió: “Cayendo el alma en la cuenta de lo que está obligada a hacer; viendo que la vida es breve, la senda de la vida eterna estrecha, que lo justo apenas se salva, que las cosas del mundo son vanas y engañosas, que todo se acaba y falta como el agua que corre, el tiempo incierto, la cuenta estrecha, la perdición muy fácil, la salvación muy dificultosa....” Se vuelve evidente que la ascética y la mística, como la filosofía y en general la cultura, hunden sus raíces en la medicina hipocrática.

Estas ideas sobre la cultura en general, son aún más válidas si se refieren al ámbito más reducido de la cultura médica. Durante muchos siglos los médicos hemos considerado el primer aforismo como el santo

y seña de nuestra identidad profesional, tanto en el sentido epistemológico del término como en el ético. Esto explica que en los primeros párrafos de nuestro comentario a los aforismos hipocráticos, los médicos solemos definir nuestra actitud vital más profunda. Maimónides no es una excepción y en el breve texto citado inicialmente, él afirma de manera taxativa que no entiende la medicina como la ciencia puramente especulativa de las enfermedades y de sus remedios, sino como un saber sobre el hombre, sobre todo el hombre, ya que la medicina no es sólo una “técnica” ni sólo una “ciencia”, sino también y sobre todo, un saber, un modo de vida; en suma una “filosofía”.

Ciertamente, Maimónides no fue el primero en pensar así. Hipócrates en su ensayo Sobre la decencia, escribió: “El médico que a la vez es filósofo es igual a los dioses”. Aristóteles por su parte anotó: “Puede afirmarse que casi todos los filósofos que se ocupan de la naturaleza y aquellos médicos que se interesan por su arte de una manera suficientemente filosófica, tienen esto en común: que los primeros acaban en el estudio de la medicina, en tanto que los otros comienzan sus estudios médicos por el estudio de la naturaleza”.

Galeno, siguiendo el ejemplo hipocrático escribió un breve tratado cuyo título latinizado es: *Quod optimus medicus sit quoque philosophus*. Ha de concluirse, pues que para Hipócrates, Aristóteles, Galeno y todos sus discípulos, la medicina no es una técnica más, ni tampoco una ciencia cualquiera, sino un saber particularmente complejo, cercano a la filosofía y a la teología. Esto requiere alguna explicación.

En los círculos de la sofística y de la filosofía socrática se puso a punto el más alto ideal de la cultura griega: la *paideia*, la educación del hombre. Pronto se

* Coordinador de Neurociencias
Instituto Nacional de Pediatría

Correspondencia: Dr. Fernando Rueda-Franco. Instituto Nacional de Pediatría. Insurgentes Sur 3700-C. Col. Insurgentes Cuicuilco. México 04530 D.F.

La versión completa de este artículo también está disponible en internet: www.revistasmedicasmexicanas.com.mx

vio que esta educación había de tener una doble faceta, la corporal y la anímica. La primera intentaba evitar el mal físico, la enfermedad y su secuela, la fealdad. La segunda pretendía proteger contra los dos grandes males morales, el error y el vicio.

La salud, la belleza, la verdad y el bien fueron los cuatro pilares sobre los que se asentó todo el sistema de educación de los individuos de la cultura occidental a partir del siglo V AC. Más aún, se pensó que de algún modo la educación era una tarea unitaria y por lo tanto no era posible poseer una de esas cualidades con independencia de todas las demás. El gran tema de la reflexión socrática fue la absoluta necesidad de un cuerpo sano si realmente se quiere poseer un alma bella; o dicho de otro modo, la importancia de la gimnasia y de la medicina como ciencias dedicadas al cuidado del cuerpo, unidas a la filosofía y la moral, los saberes que tienen por objeto el cultivo del alma. No es un azar que la medicina hipocrática surgiera a la vez que la moral socrática, ni que la llamada ética hipocrática sea uno de los frutos más sublimes de la cultura occidental.

Conviene insistir algo sobre este punto. Al lector del Juramento Hipocrático le extraña siempre el profundo carácter "sacerdotal" de su contenido: el médico ha de formarse en unas condiciones similares a las de los sacerdotes en los templos; ha de guardar absoluto silencio sobre lo que ve y oye, ha de hacer confesión pública de unos ciertos compromisos, etc. En verdad, el médico hipocrático asume un papel sociológico típicamente sacerdotal. En la Grecia clásica el médico ya no es sacerdote, como en Mesopotamia o en Egipto, pero conserva la misión sacerdotal, ejerce una suerte de sacerdocio laico. Este sacerdocio sociológico se caracteriza por una nota: la capacidad de regular o normar la vida de los individuos y de las colectividades. Esto es algo que ha realizado clásicamente el sacerdote, diferenciando lo bueno de lo malo, lo puro de lo impuro, lo virtuoso de lo pecaminoso. Ahora bien, a partir sobre todo de Grecia y de Roma, hay un campo que empieza a liberarse de la tutela sacerdotal y este es el derecho civil. Lo mismo que la religión, el derecho norma la vida de los hombres, diferenciando lo justo de lo injusto, lo permitido de lo prohibido. Por eso el juez imita la función autoritaria y normativa propia del sacerdote. También el juez se reviste, oficia una complicada ceremonia y emite veredictos que, en última instancia, son inapelables.

Pero el sacerdote y el juez pronto tuvieron un tercer compañero, el médico.

A partir de los hipocráticos, la norma médica se emancipa de la norma religiosa y de la jurídica. A los binomios bueno-malo y justo-injusto, la medicina añade uno nuevo: normal-anormal o dicho de otro modo, sano-enfermo. El médico tiene autoridad para decidir lo que es sano y lo que no lo es, como el sacerdote decide lo que es bueno y el juez, lo que es justo. Entre esos diferentes estratos de normatividad hay una cierta correspondencia interna, de modo que la enfermedad es injusta y es mala y la salud es buena y justa. Por eso el médico se confunde de algún modo con el juez y con el sacerdote.

Como ellos, el médico se reviste de ornamentos, oficia complicadas y a los ojos del lego, esotéricas ceremonias; dispone de la vida y la muerte de los hombres y emite juicios, es decir diagnósticos que buscan en muchos casos ser de carácter inapelable. Cuando lo que se diagnostica es enfermedad, el sujeto queda segregado de la comunidad social, recluso en un hospital o en un manicomio, del mismo modo que los veredictos del juez conducen a la reclusión en una prisión, en tanto que los del sacerdote conducen al infractor al lugar de perdición, al llamado infierno. El médico, el juez y el sacerdote comparten pues, el mismo o parecido cometido social, al que por economía de lenguaje, podemos llamar sacerdotal. Por ello esas tres son las únicas verdaderas "profesiones".

Profiteor tuvo en sus orígenes sentido religioso, significó el acto de ejercer una función social públicamente reconocida. En la Edad Media se tenía perfecta conciencia de tal peculiaridad de los sacerdotes, los jueces y los médicos. Esto explica por qué en las nacientes Universidades no consiguieron el rango de Facultades Mayores más que tres ciencias, la Teología, el Derecho y la Medicina. Sustentando a todas ellas estaba otra, la Facultad Menor o de Artes, la Filosofía, auténtica matriz de todo el proceso de normatividad y de normalidad durante tantos siglos de la cultura occidental.

En este marco general hay que situar la figura de Maimónides y su obra médica. Maimónides no fue solamente un médico, si por tal se entiende al especialista que ignora o que desconoce todo lo que no sea su propia ciencia. Hoy, infortunadamente, este es sin

duda el estereotipo de médico más frecuente, lo que no sucedía en la Edad Media ni en el caso de Maimónides. Él tuvo conciencia clara de su papel "sacerdotal" y hubo de ser necesaria y obligatoriamente teólogo, jurista y médico en perfecta simbiosis estos tres saberes y como sustento de todo esto, filósofo. Esa filosofía en el caso de Maimónides, fue el nuevo aristotelismo, que él supo asimilar y comprender de modo notable. Ello le permitió tener un espíritu profundamente creativo en las tres disciplinas. Su gran obra filosófica es el *Guía de Perplejos* en tanto que *Comentario a la Misná* y la *Repetición de la Ley*, constituyen sus decisivas aportaciones a la Teología y al Derecho. El paralelo médico de todas estas enciclopedias sería sin duda el compendio de los libros de Galeno.

Maimónides fue autor de otros nueve tratados de temas médicos: *Aforismos médicos*, *Comentarios a los aforismos médicos*, *Regimen Sanitatis*, *Sobre el asma*, *Venenos y Antídotos*, *Sobre el coito*, *sobre las hemorroides*, *Respuestas médicas* y *Sobre los nombres de los medicamentos*. Como se advierte, en estos trabajos se exponen algunos problemas patológicos y terapéuticos puntuales. Pero su máxima y constante preocupación no fue patológica ni terapéutica, sino higiénica.

Maimónides fue un hombre excepcionalmente preocupado por los temas relacionados con lo que los griegos denominaron *diáitia*, el régimen de vida. Señaló que una vida irregular o mal regulada conduce necesariamente a la enfermedad. Desde la época de *Alcmeón de Crotona* la enfermedad se definía como la desproporción entre las distintas cualidades del organismo. Un cuerpo carente de proporción y de equilibrio, es un cuerpo enfermo. El cuerpo enfermo impide el desarrollo de un alma buena. No es exagerado que los griegos hayan utilizado el término *adikía*, injusticia, para designar tanto la falta de justeza corporal y somática como la falta de justicia anímica o moral. En consecuencia, la virtud y la sabiduría son cualidades íntimamente unidas a la salud; la sabiduría teológica, filosófica y moral son inseparables de la medicina. Tal es el punto de vista de Maimónides. Su gran preocupación como médico no fue tanto la enfermedad, sino la salud. Y la salud no en sí misma,

sino como condición indispensable para la perfección humana, es decir, para la sabiduría.

INVOCACIÓN

Dios, llena mi alma de amor por el arte y por todas las criaturas.

Aparta de mí la tentación de que la sed de lucro y la búsqueda de la gloria influyan en el ejercicio de mi profesión. Sostén la fuerza de mi corazón para que esté siempre dispuesto a servir al pobre y al rico, al amigo y al enemigo, al justo y al injusto.

Haz que no vea más que al hombre en aquel que sufre. Haz que mi espíritu permanezca claro en toda circunstancia: pues grande y sublime es la ciencia que tiene por objeto conservar la salud y la vida de todas las criaturas.

Haz que mis enfermos tengan confianza en mí y en mi arte y que sigan mis consejos y prescripciones. Aleja de sus lechos a los charlatanes, al ejército de parientes con sus mil consejos y a los vigilantes que siempre lo saben todo; es una casta peligrosa, que hace fracasar por vanidad las mejores intenciones.

Concédeme, Dios mío, indulgencia y paciencia con los enfermos obstinados y groseros.

Haz que sea moderado en todo, pero insaciable en mi amor por la ciencia. Aleja de mí la idea de que lo puedo todo. Dame la fuerza, la voluntad y la oportunidad de ampliar cada vez más mis conocimientos a fin de que pueda procurar mayores beneficios a quienes sufren.

¡Amén!

Moisés Ben-Maimónides, el Español.

BIBLIOGRAFÍA

1. Boss M. *Existential Foundations of Medicine and Psychology*. Jasson Aronson Inc. Londres, 1994.
2. Del Valle C. *Cartas y Testamento de Maimónides*. Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, España 1989.
3. García D. *Maimónides Médico*. En: *Maimónides y su Época*. Ed. de la Junta de Andalucía. Córdoba, España 1986.
4. Maimónides. *Guía de Perplejos*. Ed. Simancas SA. Valladolid, España 1994.
5. Maimónides. *Obras Médicas*. Ed. El Almendro. Córdoba, España 1996.

